

LAS ARTES PLASTICAS

No hubo sorpresas en la actividad plástica del año. Tampoco hubo muestras capaces de convertirse en foco de atracción general sobre artistas vivos (como el encuentro de tapicistas del año pasado); no hubo exhibiciones en que pudiera reconocerse la admirable plenitud de un empuje creador; no hubo revelaciones de nuevas personalidades; no hubo certámenes capaces de convocar altos niveles de calidad ni de interés público. Una temporada placida, en la que sin embargo se mantuvo el ritmo de trabajo de las galerías y los salones, como para que Montevideo no pierda el barniz de su colonia artística, para que no se evapore el circuito de actividad capaz de promover a jóvenes talentos y de mantener en un plano de notoriedad a los creadores maduros. Esas son las condiciones básicas de un mercado: el de Montevideo es reducido, carece de una adecuada ventana al exterior y sufre las consecuencias de la crisis económica. Pero sigue con vida, por el momento.

Los grandes rasgos de la temporada son casi un lugar común a escala nacional: la corriente de dibujantes juveniles (como Romero, Armesto, Restuccia, Canosa, Bottrill) mantuvo sus impetus, junto con el valor testimonial de sus enfoques de la realidad y la variada riqueza expresiva de lenguajes que suelen derivar hacia el surrealismo o los símbolos, pero sólo como expedientes de esa urgencia documental y esa avidez por retratar al mundo en que vivimos. Los lustres de una ge-

neración mayor mostraron sus credenciales en exhibiciones individuales de gente consagrada (Montani, García Reino, Manolo Lima) con algún extremo de interés en la escultura y la experimentación innovadora (Germán Cabrera), en el dibujo (Engenio Darnet) o en el grabado (María Carmen Portela), y con un punto de atracción casi histórica en la muestra retrospectiva de Zorrilla de San Martín.

Mientras se prepara un par de acontecimientos para 1975 en los terrenos de la tapicería, esa y otras artes aplicadas permanecieron bastante calladas a lo largo del año. Sólo hubo contadas exposiciones de escultura (Neiffa, Peciar) en un medio particularmente pobre en tales áreas. Los buenos oficios de algunas embajadas-extranjeras, permitieron exhibir la obra de pintores y dibujantes argentinos (MacEntyre, Freire, Espinosa, Santander), de grabadores peruanos o israelíes, de alguna artesana brasileña (Carla Obino). El surgimiento de nuevas galerías (Aramayo, Contemporánea) contribuyó a afianzar el volumen de actividad y a aumentar las bocas de salida para una producción artística que a veces carece de salas en que expandirse.

La muerte de algunas personalidades uruguayas marcó esta temporada: desapareció un pintor de formidable trayectoria como José Gurvich, alumno de Torres radicado en Estados Unidos; murió Carlos Aliseris; también desaparecieron dos críticos (José Pedro Argüel, Ernesto Pinto) con prolongada y notoria foja de actividad; falleció un pintor y escenógrafo (Adolfo Halty) que había tenido sus décadas de actividad y de fama en el Uruguay, y que también estaba viviendo en el extranjero.



Nelson Román.

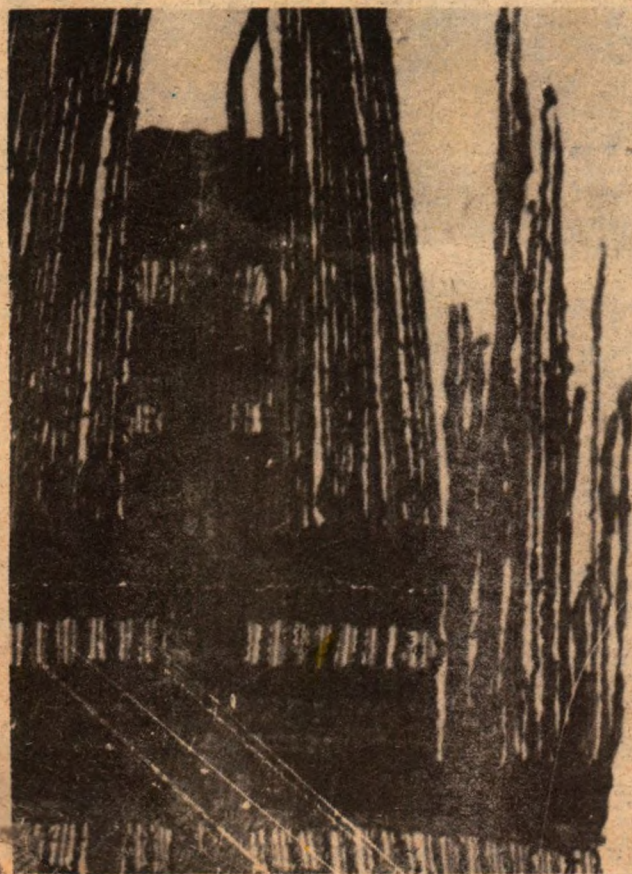
Acontecimiento del Año

El acontecimiento del año la Muestra de Homenaje a Joaquín Torres García, montada en el Museo Nacional de Artes Plásticas para festejar el centenario de ese maestro uruguayo. La estatura propia de Torres ya confería un relieve singular a la ocasión: es difícil encontrar en el país (y quizás en Latinoamérica) a un creador tan fermental, capaz de multiplicar la herencia de su teoría y su lenguaje expresivo a través de muchos alumnos destacados, como para influir decisivamente sobre todo el arte de un país a través de varias décadas. El prestigio y el reconocimiento de la figura de Torres ya son el dominio universal, y sin embargo en su propio país era una figura muy comentada pero muy poco conocida. La primera virtud de la Muestra del Museo fue colocar la obra de Torres al alcance de una multitud capaz de convertir ese recinto en un foco de atracción durante julio y agosto, capaz de reconocer en los esplendores murales del Saint Bois no sólo el despliegue doctrinal del constructivismo sino el deslumbramiento de un lenguaje americano, luminoso y sencillo, de poderosa sugestión y de hermosura perdurable. No fue una sorpresa ver desfilar a cientos de miles de contempladores frente al legado de Torres: las grandes exposiciones del Museo son también un acontecimiento popular, gracias al empeño planificador y la sabiduría promocional del director Angel Kalenberg. Así este homenaje fue una continuación de la trayectoria (ambiciosa y ejemplar) en que está embarcado el Museo, desde hace cinco años. Pero fue además un motivo de satisfacción, al comprobar la ancha resonancia que obtenía el nuestro en su centenario. Parte de esa muestra fue llevada en setiembre a Buenos Aires, como prolongación de los fulgores retrospectivos conquistados por Torres. Los homenajes a su obra se extendieron —gracias al desempeño de un Comité Nacional constituido al efecto— hacia el propio Museo Torres García, al Museo Pre-Colombiano y a la Biblioteca Nacional, con otras exposiciones de su pintura, sus objetos de artesanía, sus bosquejos murales, su obra literaria. Fue una apoteosis ramificada, pero alcanzó sobre todo un justo nivel de reconocimiento, conferido por el país a uno de los hombres que lo dignificaron.

Hacia fin de año, la Comisión de Artes Plásticas montó en sus salones una muestra de homenaje a otro centenario: el del notable escultor Juan Manuel Ferrari, que se había cumplido en marzo y que sirvió como llamado de atención sobre un creador fallecido a los 42 años, de notoriedad bastante menor que la de otros colegas, cuya calidad fue sin embargo bastante incomparable a escala nacional.



Eugenio Darnet.



Algún tapiz brasileño.



Se inaugura el homenaje a Torres.



Los Esplendores de Don Joaquín.